



CONFRARIA DE LA PURÍSSIMA SANG I SANT SEPULCRE

“La Cruz Redentora en el Misterio Pascual”

En el camino del amor, se encuentra siempre la Cruz, por ello, la auténtica Semana Santa es la de la Cruz, que se alza como la gran señal del Dios del cielo, como el único camino del Hijo de Hombre y como reto desafiante para los hombres y mujeres de todos los tiempos.

La imagen de Jesucristo clavado a la cruz preside nuestras iglesias, nuestras tumbas y muchos de nuestros lechos de descanso, como también nuestros lugares de trabajo.

Nada hay más grande sobre la tierra que la cruz. Nada purifica y salva como la cruz. Nada acoge y abraza como la cruz. Nada perdona y ama tanto como la cruz. Y es que, como escribía y cantaba Santa Teresa de Jesús en sus soliloquios de amor con su Cristo llagado:

*Abracemos bien la cruz
y sigamos a Jesús
que es nuestro camino y luz,
en la cruz está la vida y el consuelo
y ella sola es el camino para el cielo.*

La Iglesia en la liturgia del Viernes Santo nos invita a adorar la Cruz: “Mirad el árbol de la cruz, donde estuvo clavada la salvación del mundo. Venid, a adorarlo...” “Tu cruz adoramos, Señor, y tu santa resurrección glorificamos. Por el madero ha venido la alegría al mundo entero”. “Oh cruz fiel, árbol único en nobleza. Jamás el bosque dio mejor tributo en hoja, en flor y en fruto. ¡Dulces clavos!. ¡Dulce árbol donde la vida empieza con un peso tan dulce en su corteza!”.

Con esta expresiva y preciosa laudatio, aclamamos el misterio de la cruz: “Salve, altar precioso; árbol florido; madero del que brota la vida; madero donde el hombre vuelve a ser libre; jardín del Hijo del Padre; columna elegida; lámpara del universo; luz de las estrellas; muro indestructible; puerta del paraíso; auxilio de los pecadores; árbol hermoso donde se recogen los frutos mejores; roca sobre la que se construye la Iglesia”.

Pero sabemos que la cruz está ya transfigurada. Es también Pascua. “Cuando sea levantado sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí” (Jn 12, 32). “Ha llegado la hora de que sea glorificado el Hijo del Hombre. En verdad, os digo que si el grano de trigo no cae en la tierra y muere, queda infecundo. Pero si muere, da mucho fruto” (Jn 12, 23-24). Y es que “el que se humilla será exaltado” (Lc 14, 11).

Al alba del tercer día, la cruz reventó en vida y en resurrección. El amor no podía quedar estéril. El amor nunca es infecundo. El amor es siempre vida. La cruz amorosa es luz. Y la cruz floreció hasta la eternidad. “¿Por qué buscáis entre los muertos al que está vivo?. No está aquí, ha resucitado” (Lc 24, 5-6).



Paso del Cristo Crucificado

el hambre, ni la sed, ni la desnudez, ni el peligro, ni la persecución, ni la enfermedad, ni la muerte (cfr. Rom 8, 37-39). En todo vencemos por Aquel que nos ha amado hasta hacerse cruz redentora, cruz florecida, cruz transfigurada, pascua sin ocaso, humanidad nueva y definitiva, aurora de eternidad.

Celebremos con fe y devoción la Semana Santa, la semana grande de los cristianos, no estando solo como espectadores sino como protagonistas activos, participando en las celebraciones litúrgicas, en ellas se renuevan los misterios de la muerte y la resurrección, acudiendo al sacramento del perdón y acoger el perdón que Dios nos ofrece por Jesucristo, y vivir así en nosotros la muerte al pecado y la resurrección a una vida nueva según Jesucristo.

La Cruz nos lleva a la luz como el Tabor fue preludio, anuncio y anticipo del Calvario. El Calvario no es sólo el monte santo de la Cruz, sino también y, sobre todo, el jardín de la Resurrección, la montaña sagrada de la luz y de la vida.

La Resurrección, colofón de la cruz, es el misterio que lo resume todo, la luz que lo ilumina todo, el aroma que lo perfuma todo, la seguridad que lo invade todo. "Si Cristo no ha resucitado -escribe Pablo- vana es nuestra fe... Pero no, Cristo ha resucitado, y Él es la primicia de quienes duermen el sueño de la muerte".

Nada podrá ya con nosotros, nada podrá ya apartarnos del Amor de Dios, manifestado en Cristo Jesús: ni la espada, ni

La Cofradía